

tras cabezas, aire que no admitía un grado más de transparencia, virginidad de un espacio inviolado e inviolable, de tan alto. Es, probablemente, el punto más hipnótico de contemplación de la isla, y eso que se hace difícil determinarlo: otros lugares no son menos *poderosos*, menos intensos. Desde varios puntos, el roque de Agando, por ejemplo, se muestra soberano. ¿En qué reside, pues, aquella preeminencia? Tal vez en la *masa* de vacío, en el volumen de aire viajero que aquel espacio es capaz de alojar.

El descenso hasta Valle Gran Rey, sinuoso, me trajo algún súbito destello de hace años: las plataneras hasta el borde mismo de la calzada, el polvo de las ruedas del coche en la tierra pedregosa, la claridad intensísima del aire. Ninguna ilusión, sin embargo, en esa pequeña piedad de la memoria. Allí estaban, con todo, aquella extraña soledad que casi se adhería a la piel cuando estábamos a punto de abandonar el lugar, aquel tirón de un espacio que parecía existir para ser sólo una quemazón de mediodía violento en la memoria.

En San Sebastián me vi de pronto preguntándome en qué medida ha logrado esta tierra ser en verdad *expresada*, lo mismo que otros enclaves o territorios que cuentan con una versión escrita, una fiel traslación en la palabra –y aquí era inevitable traer a la mente la región inglesa de los lagos, tan fresca aún en mis ojos. ¿Lo lograron mis poemas de hace veinte años? Nunca me propuse tal cosa. La pregunta que yo mismo me formulaba, además, *no me incluía*. Pensaba más bien en otros, e incluso en otras artes. Allí seguían aquellas sombras invitadoras, en el Parador, sobre la bahía. Yo me hacía tal vez una pregunta sin respuesta posible; una pregunta cuya respuesta ya conocía en cierto modo –una pregunta trágica ante una tierra que, me temo, aún no ha sido *soñada* enteramente.



Buñuel en la Residencia de Estudiantes (1919)